

Francia en La Colmena



Ángel Villataña, A.A.

Sección a cargo de Jorge Esquinca

Centena de Balthus



LEJOS DE LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS del siglo pasado, el pintor Balthus (París, 1908-2001) se mantuvo fiel a un ejercicio pictórico que presta una atención reverencial con el sujeto de su atención. No se trata de servidumbre alguna, sino de entender a fondo el carácter sagrado de la relación que se establece entre el pintor y su modelo. Desde este punto de vista, las niñas que en gran número habitan sus cuadros, que parecen soñar o abandonarse a la simple lasitud, que se entregan a la lectura o se contemplan desnudas en el espejo, adquieren un carácter necesariamente ambiguo: son al mismo tiempo la revelación del cuerpo femenino en el instante de su apertura al mundo y la encarnación de un mundo que sólo puede hacerse visible a través de sus cuerpos. Algunos de los mejores poetas entendieron y se situaron con Balthus en esas mismas coordenadas: Rainer Maria Rilke, Antonin Artaud, Albert Camus y entre nosotros Octavio Paz, quien le dedica un hermoso poema sobre la luz y el tiempo. En esta entrega para *La Colmena*, presento los testimonios de tres poetas franceses: Paul Eluard, René Char y Pierre Jean Jouve. Cada uno se asoma al misterio de un arte que rebasa al tiempo y ante el que toda conjetura se disuelve. Para la pintura de Balthus la eternidad es una transparencia.

Balthus Klossowski de Rola, *Étude pour le Rêve I*, Huile sur toile, 46 x 55 cm, 1955.

La Colmena 59, julio-septiembre 2008

partir de su naturaleza dividida. Al poner ante nuestros ojos en su fase comprensible los recursos de la tragedia intimista, Balthus indica el porvenir. Queda a nosotros apasionarnos por los hechos y los caracteres que no han salido del caos sino del misterioso orden humano. De ahí la intensa reserva de belleza madura que acompaña la obra de este pintor. El fértil hermetismo se halla en el tejido del origen y muy poco en sus espirales. Quien cree desmontar los andamios y revelar el monumento debe prepararse a desaparecer. La luz desgarrada de nuestro tiempo da la razón a Balthus: al contacto con su universo premeditado retomamos confianza y esperamos sin pena el punto agudo donde se desposan inteligencia y sensación, al nivel de un arte que es clima favorable para la vida porque es inmanente y perspicaz. Así, nunca tentado por la hazaña, Balthus realiza para nosotros la restitución de alguna cosa en plenitud, organizada para actuar en los límites soportables de lo humano ilimitado. La obra de Balthus es verbo en el tesoro del silencio. Todos deseamos la caricia de esa avispa mañanera que las abejas llaman con nombre de muchacha y que oculta en su blusa la clave de Balthus.

Los días apacibles

Pierre Jean Jouve

Son los bellos días, la bruma azulada recuerda por todas partes el sueño original, cuando la gracia bañaba de inocencia al universo y los árboles, colmados de sí mismos, henchidos de follajes multicolores, empapados por un cielo demasiado suave para ser azul, parecen estar separados para siempre de las cosas mortales. Un pintor con gesto enérgico y profundo ha puesto esos grupos de robles, esos tejos solitarios, esos castaños en racimos, esos plátanos de viril tormento en el último de los días apacibles y los conserva mediante vastas líneas, en linderos conmovidos; la fina luz acaricia el regazo del espacio múltiple donde incluso la ciudad definitivamente escondida no podría parecer malvada; cada cosa en este minuto está marcada por la eternidad. Y en el interior de una recámara de la misma pintura una niña hace encender el primer fuego, su pierna entorna audazmente su vestido.

Versiones de Jorge Esquinca

A Balthus

Paul Eluard

Las pequeñas miserias de los niños mimados
Que veloces entre espinas manchan el verdor
Y la arena imputrescible que cae de las faldas
Para esos lerdos la lluvia no hace la limpieza

A esas deficientes con trenzas la madre
Dura como un cántaro nunca dirá durezas
Las adornará con dorados encajes
Y convidará sus cuerpos al indigente paraíso

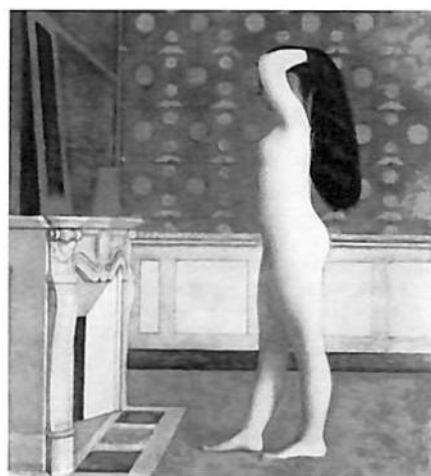
Trapos sucios guarecen al huevo en la llanura
La diminuta llama pierde su flor en el espejo
Y esa risa es para siempre el fin de la risa
Y esa fuente es la primera y la última fuente

Ver el final de un sueño en el que jugábamos
Ver la tumba alargarse y la carne hacerse fofa
Arriba y debajo de la tierra se olvida a los niños
Una gota de sangre oscurece al universo.

Balthus o el dardo en la flor

René Char

Lo que en principio me atrae en la pintura de Balthus es ese petirrojo infuso que es la arteria y la esencia. El enigma que llamo petirrojo es el timonel escondido en el corazón de esta obra en que las situaciones y los personajes desgranar ante nosotros su inquietante voluntad. El decálogo de la realidad con el que crecimos sufre aquí su verificación. El pájaro que canta su nombre termina en hilo de Ariadna. En este recodo se encuentran todas las actitudes posibles de los seres a



Balthus: *Nude Woman in a Room*, 1955. Oil on canvas, 191 x 164 cm.